

escrito a máquina

Los jóvenes: nuestros jueces



En los "alegres años XX" —cuando los vanguardistas escribían "chifonías"— la tragedia del burgués consistía en que Fifi, la hija del orondo don Chombón se casaba con un pobre poeta o que Meme, la hija de la tufosa doña Fernanda (de la novela "CIEN AÑOS DE SOLEDAD" de García Márquez) descendía a entregarse al tosco mecánico Mauricio Babilonia. Ahora la tragedia no es un molesto desajuste entre el ideal comercial del padre y el amor sin divisas de la hija. Ahora el yerno de don Chombón puede ser un devastador revolucionario. Ahora, mientras el optimista negociante acumula dinero, su hija tiene amores con el joven comunista que, además, se la adoctrina en su propia sala.

El mito de ayer engendraba la burla. El de hoy la violencia.

Y don Chombón sigue siendo el hombre que se siente asegurado, no por su conciencia, sino porque confía en la Policía. Más no sabe que su hijo le da dinero a los terroristas. No sabe que a su espalda y en su casa se organiza una "célula". A veces —en el colmo de la perspicacia paternal— dice: "Los muchachos son raros". A veces comenta con la esposa: "Es difícil entender a los hijos".

Pero quiénes son esos desconocidos, nuestros hijos?

Uno de ellos es un muchacho cristiano que trabaja en las barriadas, organizando con un amor (que su padre considera insensato) a los desheredados, dándoles a ellos, de corazón, lo que el padre les regatea o les roba. Otro, puede ser esa muchacha que oculta su ateísmo, de convencida comunista, asistiendo devotamente con sus padres a la misa de doce. El otro, un militante con metralleta. Todos ellos: el loco cristiano, la obstinada comunista, o el joven beligerante, son jueces implacables de sus padres. Son ojos cercanos y acusativos que han visto la mentira de una honradez convencional. El uno quiere, más que rezar, vivir el "Padre Nuestro", pero se siente avergonzado de dar el nombre de PADRE a Dios porque es un nombre que hiede a adulterio o a explotación en su cercanía. La otra ha dejado de creer en Dios porque, en la crisis de su pubertad, su padre que era su dios le destruyó con su ejemplo —quizás para siempre— toda posible concepción de Dios y todo sentimiento de filialidad. El otro, el de la metralleta, preguntémosnos nosotros: ¿Qué proceso puede haber sufrido su alma, qué perspectivas puede haberle ofrecido la sociedad a su Esperanza, para que sufriera ese cambio, esa transformación tan devastadora?

Hasta hace poco el cristianismo se heredaba de una generación a otra de una manera natural y rutinaria. Los padres (sobre todo las madres) encendían la fe en el hijo y era raro que esa antorcha se apagara en las pruebas de la vida. Ahora cada generación es probada. Ahora cada hijo (a veces en una edad tan joven que sus padres ni siquiera se lo imaginan) es "cribado como trigo". Las generaciones pasadas hicieron lo posible porque el Cristianismo no fuera ni legado, ni herencia, ni vida. Toda la educación fue montada para eso. Todo el tratamiento que se le dio a la institución de la familia fue elaborado para eso. Ahora creemos que con unas ametralladoras y una activa Policía rectificaremos tan larga labor. Pero no es con la muerte que se vuelve a la vida. Hay que nacer de nuevo, como pedía Cristo a Nicodemo.

La vieja rutina, el "cristianismo heredado" ha sido pervertido. Más bien hemos dañado el ímpetu luminoso, lustral y salvador del cristianismo con la herencia de un cristianismo solo de nombre (nombre heredado pero sin contenido) que llevamos falsa e hipócritamente. No son nuestros hijos los culpables. Somos los padres, que les hemos transmitido una religión falsa (o mejor dicho falsificada por nosotros) que ellos, por eso, abandonan, o bien, tratan violentamente de recuperar en su Verdad!

Ya no se nace cristiano. Hay que nacer de nuevo!

Si eso decimos de la religión, qué podrá decirse de la política? ¿Hay alguna palabra en nuestra política que coincida con su contenido? ¿No hemos falsificado todos los valores?

El muchacho de hoy es más auténtico. Exige integridad: concordancia entre lo que se dice y lo que se hace.

Nuestra juventud —como todas las juventudes de la historia— es generosa. Antaño esa generosidad sirvió para que miles de jóvenes ofrecieran sus vidas en las luchas políticas y en las guerras civiles. Veían injusticias, sufrían en sus familias represiones, se inflamaban por ideales partidaristas, y daban por todo esto sus vidas. Hoy qué ven?

En una conferencia que escuché a Thom Kerstiens en Roma lo oí decir que "la gente joven no da las espaldas al cristianismo porque lo encuentre demasiado exigente sino demasiado "aburguesado". En su sincera generosidad tro-

pezan con sus padres como piedras de escándalo; tropiezan con los otros "padres" (sacerdotes, obispos, maestros) cuyo silencio, o cuya "prudencia" claudicante o cuya falta de diálogo también les sirve de piedra de escándalo y de tropiezo. Son obra nuestra. En vez de abrir cauces para su esperanza los lanzamos a la desesperación!

Escuchando a muchos jóvenes; conversando con personas que tratan con la juventud en diálogo abierto, he sumado datos verdaderamente alarmantes y angustiosos sobre la situación general de crítica acerba y rebeldía anti-paterna de un enorme porcentaje de muchachos de Nicaragua. Estamos creando un problema gravísimo que compromete con la peor hipoteca, el futuro de la Patria. Sin embargo, ni en el orden religioso, ni en el orden político, ni en el social oigo voz alguna que advierta el abismo que se está abriendo, ya no entre compatriotas o entre Partidos, sino entre padres e hijos de la misma familia nicaragüense. A la tensión ya existente entre las generaciones, a la falta de causas valederas que galvanicen la generosidad de nuestra juventud, a su petición de autenticidad, la respuesta única es un desordenado apetito de enriquecimiento y una vigilante oficina de "Seguridad". Cuando se coloca un cordón de policías entre el presente y el porvenir, un país está perdido.

No es que yo combata —entiéndase bien— la defensa (si se produce según la justicia) de las instituciones y derechos CUANDO REALMENTE LO SON. Pero ay! de la generación que afronta su futuro solamente con actitudes negativas!

Los jóvenes violentos son un índice, visible por extremo, de toda una dirección, de toda una tendencia de insatisfacción. Más aún, son el producto de una lógica terrible. Si se siembra trigo se cosecha trigo. Si se siembran ametralladoras se cosechan metralletas. La esperanza represada produce desesperación y esa masa de rebeldía sólo se puede orientar, sólo puede encontrar salida abriéndole cauces. Y CAUSAS son cauces. ¿Se le ofrece una causa hermosa, encendida, valedera al joven nicaragüense para que entregue su impaciente generosidad? ¿Le permite al joven ser auténtico, o encontrar alicientes para sus ideales nuestra descalabrada vida familiar, nuestra vida política tan falaz y rastrea, nuestra vida económica cada vez más egoísta, cada vez más explotadora, nuestra vida social tan absolutamente olvidada del prójimo, nuestra vida religiosa tan carente de orientaciones que parece —por el silencio de sus dirigentes— una Iglesia perseguida y amordazada?

¿No es necesario revisar, ante la violencia de los jóvenes, la violencia institucional de nuestro egoísmo?

PABLO ANTONIO CUADRA